



La Escalera

Lugar de lecturas



Tea
Time

Visitas al territorio de Barnes

JULIAN BARNES

Niveles de vida



 **ANAGRAMA**
Panorama de narrativas

El pecado de la altura

Juntas dos cosas que no se habían juntado antes. Y el mundo cambia. La gente quizá no lo advierta en el momento, pero no importa. El mundo ha cambiado, no obstante.

El coronel Fred Burnaby, de los Royal Horse Guards, miembro del Consejo de la Sociedad Aeronáutica, despegó de la fábrica de gas de Dover el 23 de marzo de 1882, y aterrizó a mitad de camino entre Dieppe y Neufchâtel.

Sarah Bernhardt había despegado desde el centro de París cuatro años antes, y aterrizó cerca de Émerainville, en el *département* de Seine-et-Marne.

Félix Tournachon había despegado del Champ de Mars de París el 18 de octubre de 1863; tras diecisiete horas arrastrado hacia el este por un vendaval, se estrelló junto a una vía férrea cerca de Hanover.

Fred Burnaby viajaba solo, en un globo aerostático rojo y amarillo que se llamaba *The Eclipse*. La barquilla medía un metro y medio de largo, noventa centímetros de ancho y otros noventa de alto. Burnaby pesaba ciento ocho kilos, llevaba una chaqueta de rayas y un bonete prieto, y para protegerse del sol se hizo una bandana con el pañuelo. Se llevó con él dos sándwiches de carne de vacuno, una botella de agua mineral Apollinaris, un barómetro para medir la altitud, un termómetro, una brújula y una provisión de puros.

Sarah Bernhardt viajó con su amante artista Georges Clairin y un aeronauta profesional en un globo anaranjado llamado *Doña Sol*, el nombre del personaje que interpretaba entonces en la Comédie Française. A las seis y media de la tarde, una hora después de comenzado el vuelo, la actriz hizo de madre preparando *tartines de foie gras*. El aeronauta descorchó una botella de champán, disparando el corcho hacia el cielo; Bernhardt bebió de una copa de plata. Después comieron naranjas y arrojaron la botella vacía al lago de Vincennes. En su súbita superioridad, soltaron lastre alegremente sobre las personas que había debajo: una familia de turistas ingleses que estaba apoyada en la barandilla de la Columna de Julio en la plaza de la Bastilla; más tarde, los invitados a una fiesta de boda que celebraban un picnic campestre.

Tournachon viajó con ocho compañeros en un globo aerostático concebido por su imaginación jactanciosa: «Construiré un globo —el Globo Definitivo— de dimensiones extraordinariamente gigantescas, veinte veces más grande que el más grande». Lo llamó *Le Géant*. Realizó cinco vuelos entre 1863 y 1867. Entre los pasajeros de aquel segundo vuelo se contaban la mujer de Tournachon, Ernestine, los hermanos aeronautas Louis y Jules Godard y un descendiente de la primigenia familia aerostática de Montgolfier. No se tiene constancia de la comida que subieron a bordo.

Tales eran los tipos de aeronautas de entonces: el entusiástico aficionado inglés, que aceptaba contento el burlón apelativo de «globonoico», y que estaba dispuesto a embarcar en cualquier cosa que navegase por el aire; la más famosa actriz de su época, que realizaba un vuelo estelar; y el aeronauta profesional que lanzó *Le Géant* como una empresa comercial. Doscientos mil espectadores contemplaron su primera ascensión, por la que trece pasajeros pagaron mil francos cada uno; el cesto del aerostato, que se asemejaba a una casita de mimbre de dos plantas, contenía un espacio para refrigerios, camas, un cuarto de aseo, un estudio

fotográfico y hasta una imprenta para producir folletos conmemorativos instantáneos.

Los hermanos Godard estaban en todas partes. Ellos diseñaron y construyeron *Le Géant*, y después de sus dos primeros vuelos lo llevaron a Londres para exhibirlo en el Crystal Palace. Poco después, un tercer hermano, Eugène Godard, presentó un globo de aire caliente todavía más grande, que hizo dos ascensiones desde Cremorne Gardens. Su capacidad cúbica doblaba la de *Le Géant*, mientras que su horno, alimentado con paja y dotado de una chimenea, pesaba casi media tonelada. En su primer vuelo londinense, Eugène accedió a embarcar a un pasajero inglés a cambio de cinco libras. Aquel hombre era Fred Burnaby.

Estos aeronautas se ajustaban de buen grado al estereotipo nacional. Inmovilizado por la falta de viento sobre el Canal de la Mancha, Burnaby, «indiferente a las emanaciones de gas», enciende un puro que le ayude a pensar. Cuando dos pesqueros franceses le indican que descienda para que le recojan en el agua, responde «arrojando un ejemplar del *Times* para que se instruyan», dando a entender, se supone, que un oficial inglés puede arreglárselas perfectamente solo, gracias, *Mesié*. Sarah Bernhardt confiesa que se siente atraída por los aerostatos porque «mi naturaleza soñadora me transportaba continuamente a las regiones más altas». En su corto vuelo le facilitan la comodidad de una silla sencilla, con asiento de paja. Cuando publica el relato de su aventura, Bernhardt se concede el capricho de contarla desde el punto de vista de la silla.

El aeronauta descendía de los cielos, buscaba un lugar llano para aterrizar, tiraba de la cuerda de la válvula, lanzaba el rezón y a menudo rebotaba doce o quince metros hacia arriba hasta que las uñas del ancla enganchaban tierra. Entonces los lugareños se acercaban a toda prisa. Cuando Fred Burnaby aterrizó cerca del Château de Montigny, un aldeano curioso metió la cabeza en la

bolsa de gas medio desinflada y estuvo a punto de asfixiarse. Los lugareños ayudaron de buen grado a que el globo se posara y a plegarlo; y a Burnaby aquellos pobres labriegos franceses le parecieron más amables y corteses que sus iguales ingleses. Desembolsó medio soberano para agradecérselo y especificó con pedantería el tipo de cambio vigente cuando abandonó Dover. Un granjero hospitalario, Monsieur Barthélemy Delanray, se ofreció a alojar al aeronauta aquella noche. Antes, sin embargo, degustaron la cena de Madame Delanray: *omelette aux oignons*, pichón salteado con castañas, verduras, queso de Neufchâtel, sidra, una botella de Burdeos y café. Después se presentó el médico del pueblo y el carnicero con una botella de champán. Burnaby encendió un puro al lado del fuego y reflexionó que «era desde luego preferible descender en globo en Normandía que aterrizar en Essex».

Cerca de Émerainville, los campesinos que corrieron tras el globo en descenso se quedaron maravillados al ver que transportaba a una mujer. Bernhardt estaba acostumbrada a hacer entradas en escena: ¿alguna vez hizo alguna tan grandiosa como aquélla? La reconocieron, por supuesto. Los pueblerinos la entretuvieron, como correspondía, con un drama propio: el relato de un asesinato espeluznante cometido hacía poco allí mismo, exactamente donde ella estaba sentada (en su silla oyente y narradora). Pronto empezó a llover; la actriz, famosa por su delgadez, bromeó diciendo que era demasiado flaca para mojarse; simplemente se colaría entre las gotas. Después, tras el reparto ritual de propinas, el globo y su tripulación fueron escoltados hasta la estación de Émerainville a tiempo para tomar el último tren de regreso a París.

Sabían que era peligroso. Fred Burnaby estuvo a punto de chocar con la chimenea de la fábrica de gas poco después del despegue. El *Doña Sol* casi se precipitó sobre un bosque poco

antes de aterrizar. Cuando *Le Géant* se estrelló cerca de la vía férrea, los Godard, que tenían experiencia, saltaron prudentemente antes del impacto final; Tournachon se rompió una pierna y su mujer sufrió heridas en el cuello y el pecho. Un globo de gas podía explotar; no tenía nada de sorprendente que uno de aire caliente se incendiara. Cada despegue y aterrizaje entrañaba riesgos. Y más grande no significaba más seguro: significaba —como demostró el caso de *Le Géant*— que se hallaba más a merced del viento. Los primeros aeronautas que cruzaron el Canal solían llevar chaquetas salvavidas de corcho por si aterrizaban en el agua. Y entonces no existían los paracaídas. En agosto de 1786 —la infancia de los aerostáticos—, un joven se había matado en Newcastle al caer desde una altura de unos cien metros. Era uno de los que agarraban las cuerdas de sujeción del globo; cuando una ráfaga de viento desplazó de repente la bolsa de aire, sus compañeros soltaron la cuerda, pero él siguió aferrado a ella y fue proyectado hacia arriba. Despues cayó a tierra. Como dice un historiador moderno: «El impacto le enterró las piernas en un arriate hasta las rodillas y le desgarró los órganos internos, que se esparcieron por el suelo, reventados».

Los aeronautas eran los nuevos argonautas, y sus aventuras eran objeto de una crónica instantánea. Un vuelo en globo unía la ciudad y el campo, Inglaterra y Francia, Francia y Alemania. El aterrizaje suscitaba pura emoción: un globo no causaba ningún mal. Al amor de la lumbre en casa de Barthélemy Delanray, el médico del pueblo propuso un brindis por la fraternidad universal. Burnaby y sus nuevos amigos entrechocaron las copas, momento en el cual, como era inglés, les explicó la superioridad de una monarquía sobre una república. Pero el presidente de la Sociedad Aeronáutica de Gran Bretaña era, a la sazón, Su Excelencia el duque de Argyll, y sus tres vicepresidentes eran Su Excelencia el duque de Sutherland, el Honorable conde de Dufferin y el Honorable Lord Richard Grosvenor, parlamentario. El organismo francés equivalente, la

Société des Aéronautes, fundada por Tournachon, era más democrática e intelectual. Sus aristócratas eran escritores y artistas: George Sand, Dumas *père et fils*, Offenbach.

Los vuelos en globo representaban libertad, pero una libertad supeditada a los antojos del viento y el clima. Los aeronautas muchas veces no sabían si se estaban moviendo o permanecían quietos, si ganaban altura o la perdían. En los primeros tiempos, arrojaban un puñado de plumas que volaban hacia arriba si estaban descendiendo y hacia abajo si ascendían. En la época de Burnaby, esta tecnología había progresado y se usaban unas tiras de papel de periódico. En cuanto a la medida del avance horizontal, Burnaby inventó su propio velocímetro, que consistía en un pequeño paracaídas de papel atado a cincuenta metros de cordel de seda. Lanzaba el paracaídas por encima de la borda y comprobaba el tiempo que tardaba el cordel en desenrollarse. Siete segundos se traducían en una velocidad de vuelo de veinte kilómetros por hora.

A lo largo del primer siglo aeronáutico hubo múltiples intentos de dominar la bolsa incontrolable con su barquilla oscilante. Se probaron timones y remos, pedales y ruedas que hacían girar ventiladores de hélice; estas tentativas no cambiaron gran cosa. Burnaby pensaba que la clave residía en la forma: el progreso consistía en un aerostato con forma de tubo o de cigarrillo puro y propulsado por una maquinaria, como al final quedó demostrado. Pero tanto los ingleses como los franceses, los conservadores como los progresistas, coincidieron en que el futuro de estos vuelos estaba en la máquina más pesada que el aire. Y aunque su nombre estuvo siempre asociado a los globos, Tournachon fundó también la Sociedad para el Fomento de la Locomoción Aérea por medio de Aparatos más Pesados que el Aire; su primer secretario fue Jules Verne. Otro entusiasta, Victor Hugo, dijo que un globo aerostático era como una hermosa nube en movimiento, mientras que la humanidad necesitaba un equivalente de ese milagro desafiante de la gravedad: las aves. Volar, en Francia, interesaba por lo general a

los progresistas en materia social. Tournachon escribió que los tres emblemas supremos de la modernidad eran la «fotografía, la electricidad y la aeronáutica».

En el principio los pájaros volaban, y Dios creó a los pájaros. Los ángeles volaban, y Dios creó a los ángeles. Los hombres y las mujeres tenían las piernas largas y la espalda lisa, y Dios tuvo sus razones para crearlos así. La pretensión de volar era contravenir los designios de Dios. Habría de ser una larga lucha, llena de leyendas instructivas.

Por ejemplo, el caso de Simón el Mago. La National Gallery de Londres posee un retablo de Benozzo Gozzoli; su predela se había roto y estuvo dispersa a lo largo de los siglos. Una sección del cuadro ilustra la historia de San Pedro, Simón el Mago y el emperador Nerón. Simón era un mago que se había granjeado el favor de Nerón y para conservarlo quería demostrar que sus poderes eran más grandes que los de los apóstoles Pedro y Pablo. Este cuadro diminuto nos cuenta la historia en tres partes. En el fondo hay una torre de madera desde la cual Simón el Mago hace una demostración de su última artimaña: el vuelo humano. El aeronauta samaritano había conseguido despegar y ascender y se le ve subiendo hacia el cielo, pero sólo se distingue la mitad inferior de su manto verde; el resto lo tapa el borde superior de la pintura. El combustible secreto del cohete de Simón es, sin embargo, ilícito; cuenta —tanto física como espiritualmente— con la ayuda de demonios. En la media distancia se ve a San Pedro rezando a Dios para pedirle que desposea de su poder a los demonios. Los resultados teológicos y aeronáuticos de esta intervención se aprecian en primer plano: un mago muerto, de cuya boca rezuma sangre después de un aterrizaje forzoso. El pecado de la altura ha sido castigado.

Ícaro importunó al Dios Sol: también fue una mala idea.

La primera ascensión de la historia en un globo de hidrógeno la realizó el físico Jacques Charles el 1 de diciembre de 1783. «Cuando sentí que me alejaba de la tierra», comentó, «mi reacción no fue de placer, sino de *felicidad*». Fue «un sentimiento moral», añadió. «*Me oía vivir*, por decirlo así». La mayoría de los aeronautas experimentaban algo parecido, incluido Fred Burnaby, que procuró en principio no sucumbir al rapto. Muy por encima del Canal de la Mancha, observa el vapor del paquebote que navega de Dover a Calais, reflexiona sobre la más reciente insensatez y abominable proyecto de construir un túnel en el Canal y luego, brevemente conmovido, experimenta un sentimiento moral:

El aire era ligero y respirarlo delicioso, libre como estaba de las impurezas que enrarecen la atmósfera cerca del globo. Se me ensanchó el ánimo. Era agradable estar por el momento en una región donde no hay cartas ni una estafeta de correos cercana, sin preocupaciones y, sobre todo, sin telegramas.

A bordo del *Doña Sol*, «la divina Sarah» está en la gloria. Descubre que por encima de las nubes «no hay silencio, sino la sombra del silencio». Siente que el globo es «el emblema de la libertad extrema», que es también la idea que casi todos los espectadores se habrían hecho de la actriz desde tierra. Félix Tournachon describe «las inmensidades silenciosas de espacio acogedor y benéfico, donde el hombre no está al alcance de ninguna fuerza humana ni ningún poder maligno, y donde se siente como si viviese por primera vez». En este espacio silencioso, moral, el aeronauta experimenta una salud física y también espiritual. La altitud «reduce todas las cosas a sus proporciones relativas, y a la Verdad». Se esfuman las cuitas, los remordimientos, las aversiones:

«Con qué facilidad se disipan la indiferencia, el desprecio, la desmemoria... y surge el perdón».

El aeronauta podía visitar el espacio de Dios —sin usar magia— y colonizarlo. Y al hacerlo descubría una paz que no sobrepasaba el entendimiento. La altura era moral, la altura era espiritual. Algunos pensaban que incluso era política: Victor Hugo creía, lisa y llanamente, que el vuelo más pesado que el aire conduciría a la democracia. Cuando *Le Géant* se estrelló cerca de Hanover, Hugo se ofreció a organizar una colecta pública. Tournachon la rechazó por orgullo y en su lugar el poeta compuso una carta abierta de alabanza a la aeronáutica. Contaba que un día en que estaba paseando por la Avenue de l'Observatoire de París con el astrónomo François Arago pasó por encima de sus cabezas un globo que había despegado del Champ de Mars. Hugo le había dicho a su acompañante: «Ahí flota el huevo que espera al pájaro. Pero el pájaro está dentro y eclosionará». Arago tomó las manos de Hugo y respondió, vehemente: «¡Y ese día Geo se llamará Demos!». Hugo aprobó esta «observación profunda» diciendo: «Sí, Geo se convertirá en Demos. El mundo entero será una democracia... El hombre se transformará en pájaro, ¡y qué pájaro! Un pájaro pensante. ¡Un águila con alma!».

Esto suena altisonante, exagerado. Y la aeronáutica no llevó a la democracia, a menos que se tenga en cuenta a las compañías aéreas de bajo coste. Pero la aeronáutica expió el pecado de la altura, igualmente conocido como el pecado de apuntar demasiado alto. ¿Quién tenía ahora derecho a mirar el mundo desde arriba y a imponer su descripción? Es el momento de centrar la atención en Félix Tournachon.

Nació en 1820 y murió en 1910. Era un hombre alto y desgarbado, con una melena pelirroja y de natural apasionado e inquieto. Baudelaire dijo de él que era «una asombrosa expresión de vitalidad»; sus arranques de energía y su pelo llameante parecían

capaces de elevar el globo por sí solos. Nadie le acusó nunca de ser sensato. El poeta Gérard de Nerval lo presentó al editor de revista Alphonse Karr con estas palabras: «Es muy ingenioso y muy estúpido». Más adelante, otro editor y amigo íntimo, Charles Philipon, le describió como «un hombre inteligente sin un ápice de racionalidad. [...] Su vida ha sido, es y será siempre incoherente». Era de esos bohemios que vivían con su madre viuda hasta que se casaban; y el tipo de marido cuyas infidelidades coexistían con la devoción a la cónyuge.

Fue periodista, caricaturista, fotógrafo, aeronauta, empresario e inventor, se afanaba en registrar patentes y creaba empresas; incansable publicista de sí mismo, en la vejez fue un escritor prolífico de memorias poco fidedignas. Progresista, odiaba a Napoleón III, y se enfurruñó en su carroaje cuando el emperador acudió a presenciar el despegue de *Le Géant*. Como fotógrafo, repudió la costumbre de la alta sociedad y prefirió ser cronista de los círculos en que se movía; naturalmente, fotografió varias veces a Sarah Bernhardt. Era un miembro activo de la primera Sociedad Protectora de Animales francesa. Soltaba ruidos groseros a los agentes de policía y desaprobaba la cárcel (en la que una vez le encerraron por deudas): pensaba que los jurados no deberían preguntar «¿Es culpable?», sino más bien «¿Es peligroso?». Daba fiestas multitudinarias y su comedor siempre estaba abierto; cedió su estudio en el Boulevard des Capucines a la primera exposición impresionista de 1874. Proyectaba inventar un nuevo tipo de pólvora. También soñaba con una especie de imagen parlante que denominó «un daguerrotipo acústico». Era una nulidad con el dinero.

No se le conocía por el robusto apellido lionés de Tournachon. En la bohemia de su juventud, a los amigos se les rebautizaba a menudo cariñosamente: por ejemplo, añadiendo o reemplazando el sufijo *-dar*. De este modo, primero pasó a llamarse Tournadar, y de

ahí simplemente pasó a Nadar. Firmaba así sus escritos, caricaturas y fotografías; le llamaban Nadar cuando se convirtió, entre los años 1855 y 1870, en el mejor retratista fotográfico hasta entonces. Y era su nombre cuando en el otoño de 1858 juntó dos cosas que hasta entonces nadie había puesto juntas.

La fotografía, al igual que el jazz, era un arte contemporáneo recién aparecido que alcanzó excelencia técnica muy rápidamente. Y en cuanto pudo abandonar los límites del estudio fotográfico, tendió a expandirse horizontal, lateralmente y hacia fuera. En 1851, el gobierno francés creó la Misión Heliográfica, que envió a cinco fotógrafos por todo el país para inventariar los edificios (y las ruinas) que constituyan el patrimonio nacional. Dos años antes, había sido un francés el primero que fotografió la Esfinge y las pirámides. A Nadar le interesaba menos lo horizontal que lo vertical, la altura y la profundidad. Sus retratos superan a los de sus coetáneos porque llegan más hondo. Dijo que la teoría de la fotografía se podía aprender en una hora y sus técnicas en un día; pero lo que no se podía enseñar era un sentido de la luz, una percepción de la inteligencia moral del retratado, y «el lado psicológico de la fotografía; la palabra no me parece demasiado ambiciosa». Relajaba a sus modelos charlando con ellos mientras los rodeaba de lámparas, biombos, velos, espejos y reflectores. El poeta Théodore de Banville dijo de él que era «un novelista y caricaturista dando caza a su presa». Fue el novelista el que realizó esos retratos psicológicos y el que llegó a la conclusión de que los modelos más vanidosos eran los actores, seguidos muy de cerca por los soldados. El mismo novelista detectó también una diferencia clave entre los sexos: cuando una pareja que había sido fotografiada conjuntamente volvía para examinar las pruebas, la mujer siempre miraba antes el retrato de su marido, y lo mismo hacía el marido. El amor de los seres humanos era tal, concluyó Nadar, que la mayoría, inevitablemente, quedaba decepcionada cuando al final veían una imagen fiel de sí mismos.

Profundidad moral y psicológica; también, profundidad física. Nadar fue el primero que fotografió las cloacas de París, de las que captó veintitrés imágenes. También bajó a las catacumbas, aquellos osarios semejantes a alcantarillas donde se amontonaban huesos tras los desalojos de cementerios durante el decenio de 1780. Aquí necesitó una exposición de dieciocho minutos. No suponía un problema para los muertos, por supuesto; pero para imitar a los vivos Nadar cubrió y vistió a maniquíes y les asignó papeles que representar: vigilante, apilador de huesos, peones que tiran de un vagón lleno de cráneos y fémures.

Y quedaba la altitud. Las cosas que Nadar juntó y que nadie había juntado antes eran dos de sus tres emblemas de la modernidad: la fotografía y la aeronáutica.

Primero hubo que construir un cuarto oscuro en la barquilla del globo, con cortinas dobles negras y anaranjadas; dentro parpadeaba la luz de una simple bombilla. La nueva técnica de la placa mojada consistía en bañar en colodión una lámina de cristal y luego sensibilizarla con una solución de nitrato de plata. Pero era un proceso engoroso que exigía una manipulación diestra, y por tanto a Nadar le acompañaba un preparador de placas. La cámara era una Dallmeyer, con un obturador horizontal especial que Nadar había patentado. Cerca de Petit-Bicêtre, al suroeste de París, un día del otoño de 1858 en que soplaban poco viento, los dos hombres hicieron su ascensión en un globo cautivo y sacaron la primera fotografía en la historia desde el cielo. Revelaron la placa, emocionados, al volver al albergue local que les servía de cuartel general.

Y no encontraron nada. O, mejor dicho, nada más que una extensión embarrada y negra como el hollín, sin rastro de una imagen. Lo intentaron de nuevo y fracasaron; la tercera vez cosechó un nuevo fracaso. Sospechando que los baños podían contener impurezas, los filtraron una y otra vez: en vano. Nada cambió

cuando sustituyeron todos los productos químicos. Pasaba el tiempo, se acercaba el invierno y el gran experimento había fracasado. Luego, como cuenta Nadar en sus memorias, un día en que estaba sentado debajo de un manzano (una coincidencia newtoniana que quizá exija credulidad), de pronto comprendió el problema. «El persistente fracaso se debía al hecho de que el cuello del globo, que siempre se dejaba abierto durante la ascensión, permitía que el sulfuro de hidrógeno se colase dentro de mis baños de plata». De modo que la vez siguiente, en cuanto alcanzaron una altitud suficiente, cerró la válvula de gas: era un procedimiento peligroso en sí mismo que podría haber provocado la explosión de aerostato. Expuso la placa ya preparada y al volver al albergue Nadar se vio recompensado con una imagen débil pero discernible de los tres edificios que había debajo del globo cautivo: una granja, un albergue y la gendarmería. Sobre el tejado de la granja se veían dos palomas blancas; en el camino había una carreta parada y su ocupante miraba perplejo el artefacto flotante en el cielo.

Esta primera foto no sobrevivió, salvo en la memoria de Nadar y en nuestra imaginación posterior; ni ninguna de las que sacó en los diez años siguientes. Las únicas imágenes de sus experimentos aerostáticos datan de 1868. Una de ellas muestra una vista panorámica en ocho secciones de calles que conducen al Arco de Triunfo; otra capta la Avenue de l'Impératrice (actualmente Avenue Foch) en dirección hacia Les Ternes y Montmartre.

El 23 de octubre de 1858, Nadar, como cabía esperar, registró la patente n.º 38509 de «Un nuevo sistema de fotografía aerostática». Pero el proceso resultó técnicamente difícil y comercialmente ruinoso. La apatía del público era también desalentadora. Él mismo concibió dos aplicaciones para su «nuevo sistema». La primera transformaría la topografía: desde un globo se podía trazar de una sentada el mapa de un millón de metros cuadrados, o cien hectáreas, y hacer diez observaciones de este tipo en el curso de un

día. El segundo uso sería el reconocimiento militar: un globo podía actuar como un «campanario ambulante». Esto, en sí, no era nuevo: el ejército revolucionario había utilizado uno en la batalla de Fleurus en 1794, y la fuerza expedicionaria que Napoleón llevó a Egipto incluía un cuerpo de aeronautas equipados con cuatro globos (destruidos por Nelson en la bahía de Abukir). El añadido de la fotografía, sin embargo, daría una clara ventaja a un general medianamente competente. Pero ¿quién debería ser el primero en explotar esta posibilidad? El único era el odiado Napoleón III, que en 1859 ofreció a Nadar 50.000 francos por sus servicios en la guerra inminente con Austria. El fotógrafo declinó el ofrecimiento. Respecto al uso de su patente en tiempo de paz, a Nadar le aseguró su «muy eminente amigo el coronel Laudesset» que (por razones no expresadas) la topografía aérea era «imposible». Frustrado, y más inquieto que nunca, siguió adelante, dejando el campo de la fotografía aerostática a los hermanos Tissandier, Jacques Ducom y a su propio hijo, Paul Nadar.

Siguió adelante. Durante el asedio prusiano de París, fundó la Compagnie d'Aérostatiers Militaires para facilitar un enlace de comunicaciones con el mundo exterior. Nadar envió «globos de asedio» —uno de ellos llamado *Victor Hugo*, otro *George Sand*— desde la place Saint-Pierre de Montmartre, que transportaban cartas, informes al gobierno francés y aeronautas intrépidos. El primer vuelo partió el 23 de septiembre de 1870 y aterrizó sin percances en Normandía; la saca de correos contenía una carta de Nadar al *Times* de Londres, que la imprimió cinco días después, completa y en francés. Este servicio postal continuó durante todo el sitio, aunque algunos globos fueron abatidos por los prusianos, y todo dependía del viento. Uno de ellos fue a parar a un fiordo noruego.

El fotógrafo seguía siendo famoso: en una ocasión, *Victor Hugo* escribió en un sobre únicamente la palabra «Nadar» y aun así la

carta le llegó. En 1862, su amigo Daumier le caricaturizó en una litografía titulada *Nadar elevando la fotografía al rango de arte*. Le retrata encorvado sobre su cámara en la barquilla de un globo a gran altura sobre París, en cuyas casas hay pegados anuncios de FOTOGRAFÍA. Y aunque el Arte era a menudo receloso o temeroso de la Fotografía, este médium trámoso y arribista rendía tranquilo y asiduo homenaje a la aeronáutica. Guardi pintó un globo que sobrevuela calmamente Venecia; Manet retrató *Le Géant* en su última ascensión desde Les Invalides (con Nadar a bordo). Desde Goya al Aduanero Rousseau, los pintores pusieron globos flotando serenamente en un cielo más sereno: la versión celestial de lo bucólico.

Pero el artista que trazó la imagen más imponente de la aeronáutica fue Odilon Redon, y discrepana. Redon había visto volar a *Le Géant* y también el «Gran globo cautivo» de Henri Giffard, que se exhibió en las exposiciones parisinas de 1867 y 1878. Este último año realizó un dibujo al carboncillo titulado *Globo ojo*. A primera vista parece simplemente un ingenioso juego visual: la esfera del globo y la esfera del ojo están refundidas en una sola, como un vasto orbe que se cierne sobre un paisaje gris. El globo ojo tiene el párpado abierto de tal forma que la pestaña forma un fleco alrededor de la parte superior de la bóveda. Del globo cuelga una barquilla en la que se agacha una tosca forma hemisférica: la mitad superior de una cabeza humana. Pero el tono de la imagen es nuevo y siniestro. No podemos estar más lejos de los tropos establecidos de la aeronáutica: libertad, exaltación espiritual, progreso humano. El ojo eternamente abierto de Redon es profundamente perturbador. El ojo en el cielo; la cámara de vigilancia de Dios. Y esa especie de bulto formado por una cabeza humana nos invita a pensar que la colonización del espacio no purifica a sus colonizadores; lo único que ha ocurrido es que hemos trasladado nuestra condición pecaminosa a una ubicación distinta.

La aeronáutica y la fotografía fueron avances científicos que tuvieron en la práctica consecuencias cívicas. Y, sin embargo, en aquel temprano inicio las rodeaba un aura de misterio y magia. Aquellos palurdos de ojos saltones que corrían tras el ancla colgante de un globo quizá esperaban que de él descendiera Simón el Mago o hasta la divina Sarah Bernhardt. Y la fotografía parecía amenazar algo más que el *amour propre* de los modelos. No sólo los habitantes de la selva temían que la cámara les robase el alma. Nadar recordaba que Balzac tenía una teoría del ego según la cual la esencia de una persona se componía de una serie casi infinita de capas espirituales superpuestas. El novelista creía además que el mágico instrumento desprendía y conservaba una de esas capas durante la «operación daguerrotipo». Nadar no recordaba si esta capa se perdía supuestamente para siempre o si la regeneración era posible; con todo, tuvo el descaro de sugerir que, dada la corpulencia de Balzac, tenía que tener menos miedo que muchos otros a que le extirpasen unas cuantas capas espirituales. Pero esta teoría —o aprensión— no era exclusiva de Balzac. La compartían sus amigos escritores Gautier y Nerval, que formaban lo que Nadar denominó un «trío cabalístico».

Félix Tournachon era un hombre muy apegado a su mujer. Se había casado con Ernestine en septiembre de 1854. Fue una boda repentina que sorprendió a sus amigos: la novia de dieciocho años procedía de la burguesía protestante normanda. Ciento es que aportaba una dote, y el matrimonio era una útil escapatoria para Félix de la vida con su madre. Pero, a pesar de todas las divagaciones de Félix, parece que la relación fue tan tierna como larga. Tournachon se peleó con su único hermano y con su único hijo; a los dos les expulsó —o se expulsaron— de su vida. Ernestine siempre estuvo a su lado. Si había una pauta en la vida de él, la proporcionaba ella. Estaba con Félix cuando *Le Géant* se estrelló cerca de Hanover. El dinero de Ernestine contribuyó a pagar el

estudio fotográfico; más tarde, él puso el negocio a nombre de su mujer.

En 1887, al enterarse de que había un incendio en la Opéra Comique, y creyendo que su hijo Paul estaba allí, Ernestine sufrió una apoplejía. Félix trasladó inmediatamente el hogar conyugal al bosque de Sénart, fuera de París, donde poseía una finca llamada L'Hermitage. Vivieron allí los ocho años siguientes. En 1893 Edmond de Goncourt describió a la pareja en su *Diario*:

Ocupa el centro Madame Nadar, con aspecto de un viejo profesor de pelo blanco. Está tumbada, envuelta en una bata azul celeste forrada de seda rosa. A su lado, Nadar interpreta el papel del enfermero tierno que le remete la bata de colores brillantes, le retira el pelo de las sienes, la toca y la acaricia continuamente.

Su bata es *bleu de ciel*, el color del cielo por el que ya no vuelan. Ahora los dos estaban en tierra. En 1909, al cabo de cincuenta y cinco años de matrimonio, Ernestine murió. Aquel mismo año, Louis Blériot sobrevoló el Canal de la Mancha, una confirmación definitiva de la confianza de Nadar en el vuelo más pesado que el aire. Mientras Blériot ascendía en el aire, Ernestine descendía a la tierra. Mientras Blériot volaba, Nadar había perdido su timón. No sobrevivió a Ernestine mucho tiempo; murió en marzo de 1910, rodeado por sus perros y gatos.

Para entonces pocos recordaban su hazaña del otoño de 1858 en Petit-Bicêtre. Y las fotografías aerostáticas que existen no son de buena calidad: tenemos que imaginarnos la emoción que encierran. Pero representan un momento en que el mundo crecía. O quizá esto sea demasiado melodramático, demasiado optimista. Quizá el mundo no progresó madurando, sino manteniéndose en un estado

de permanente adolescencia, de exultante descubrimiento. Aun así, fue un instante de cambio cognitivo. El bosquejo humano que pervive en el muro de una cueva, el primer espejo, el desarrollo del retrato, la ciencia de la fotografía, son avances que nos permitieron una mirada más clara sobre nosotros mismos, cada vez más verdadera. Y aunque gran parte del mundo no tuvo noticia en aquella época de los acontecimientos de Petit-Bicêtre, el cambio no podía descambiarse, deshacerse. Y el pecado de la altura fue expiado.

El campesino de antaño había mirado a los cielos, donde vivía Dios, temiendo truenos, granizo y la cólera divina, y esperando sol, un arco iris y la aprobación de Dios. Ahora, el campesino moderno miraba a los cielos y veía, en cambio, la llegada menos intimidante del coronel Fred Burnaby, con el puro en un bolsillo y medio soberano en el otro, de Sarah Bernhardt y su silla autobiográfica, de Félix Tournachon en su casita de mimbre aerotransportada, provista de un espacio para refrigerios, cuarto de aseo y estudio fotográfico.

La única fotografía aerostática de Nadar que ha sobrevivido data de 1868. Exactamente un siglo después, en diciembre de 1968, despegó la misión del *Apolo 8* para su viaje a la luna. El día de Nochebuena, la nave espacial pasó por detrás de la cara oculta de la luna y entró en la órbita lunar. A medida que emergía, los astronautas fueron los primeros seres humanos que vieron un fenómeno para el que había que acuñar una palabra nueva: la «salida de la tierra». El piloto del módulo lunar, William Anders, utilizó una cámara Hasselblad especialmente adaptada para fotografiar dos terceras partes de una Tierra que salía en un cielo nocturno. Sus imágenes la captan con un color suntuoso, con una cubierta de nubes livianas, sistemas de tormenta arremolinados, densos mares azules y continentes herrumbrosos. El general de división Anders reflexionó más tarde:

Creo que fue la salida de la Tierra lo que realmente nos impactó a todos en el plexo solar. [...] Mirábamos nuestro planeta, el lugar donde habíamos evolucionado. Nuestra Tierra estaba llena de color, era bonita y delicada en comparación con la muy áspera, accidentada, destortalada, hasta aburrida superficie lunar. Creo que a todo el mundo le sorprendió que hubiéramos viajado 386.000 kilómetros para ver la Luna cuando era la Tierra lo que en realidad valía la pena contemplar.

En aquel entonces, las fotos de Anders eran tan perturbadoras como hermosas, y siguen siéndolo hoy. Mirarnos a nosotros mismos desde lejos, convertir de pronto lo subjetivo en objetivo: esto nos produce una conmoción psíquica. Pero fue Félix Tournachon, el del pelo llameante —aunque sólo fuese desde la altura de unos pocos centenares de metros, aunque fuese en blanco y negro, aunque sólo fueran unas pocas vistas locales de París—, el primero que juntó dos cosas.